

Universidad, desarrollo y planificación *

Por Osvaldo SUNKEL

Para comprender con claridad la forma en que concibo la misión de la universidad en países subdesarrollados que se empeñan deliberadamente en llevar adelante un proceso de desarrollo económico, mediante la planificación, conviene primero una definición de términos y conceptos.

Entiendo que la universidad no es sólo un establecimiento educativo que prepara los recursos humanos de alto nivel que requiere el país. Ello entraña sin duda una de sus misiones directas y concretas más importantes. Pero la universidad es más que eso. Es, o debiera ser, la inteligencia de la nación; el centro de actividad intelectual de donde surja la renovación de la vida científica, social, cultural y política de un país: en donde se concentre el estudio y la interpretación de la sociedad dentro de su trayectoria histórica y en vista de una imagen futura. Si concebimos el proceso perfectivo de la vida social como un continuo avance hacia la razón y la libertad, la universidad es la sede y residencia del progreso.

El segundo concepto, cuya definición requiere mayor esmero, ya que ha sido usado y abusado con exceso, es el desarrollo económico.

Pienso, y creo sinceramente que no se trata de una deformación profesional, que el gran problema histórico que concierne a nuestro país en esta época, es el del desarrollo. Otras épocas afrontaron problemas centrales diversos: la independencia política, en los albores del siglo XIX; en las décadas siguientes, la constitución de un Estado de derecho y su organización constitucional; la separación de la Iglesia y del Estado, a fines del siglo pasado y a comienzos del presente; la participación popular en los procesos políticos, durante los inicios del siglo XX; el conflicto ideológico mundial entre fascismo y democracia, en las décadas de 1930 y 1940; y la controversia entre capitalismo y socialismo en años más recientes.

Con frecuencia se quiere aún hoy día resucitar fantasmas de controversias superadas, o desviar nuestra atención hacia conflictos internacionales frente a los que somos meros espectadores. Frente a tales distracciones, nuestra preocupación en forma directa e inmediata ha de ser nuestra lenta expansión económica, que contrasta con la aceleración demográfica y el proceso de urbanización; el retraso agropecuario, la inflación, el desempleo y las escasas perspectivas de nuestra exportación; la creciente concentración de la riqueza y del ingreso y la persistente presencia, a veces agravada, de condiciones sociales intolerables en grandes sectores populares. Tal es el lenguaje que entendemos en la hora actual, pues éstas son las cuestiones que conforman en su conjunto la base problemática del desarrollo de nuestro país, sin cuya superación no podremos construir una sociedad más moderna, humana, dinámica y justa.

Estamos insatisfechos con nuestro presente nivel y ritmo de desarrollo. Pero estamos insatisfechos también con las realidades a que ha conducido el esfuerzo de desarrollo económico realizado en el pasado, incluso cuando circunstancias favorables permitieron acelerarlo notablemente. Dicho desarrollo llevó con frecuencia a hacer todavía más flagrantes los violentos contrastes sociales que hoy existen. No podríamos estar de acuerdo con un desarrollo de esa naturaleza, puesto que concebimos el desarrollo económico no como un fin en sí mismo, sino precisamente como el logro de una base material adecuada para superar condiciones sociales inaceptables, y para organizar una sociedad dinámica que ofrezca mejores oportunidades, en condiciones de mayor igualdad, a todos los ciudadanos. En esencia, concebimos el desarrollo como algo mucho más amplio que el crecimiento económico o que la expansión de la economía. Lo concebimos como un verdadero y auténtico proceso de transformación social, deliberada y con claros objetivos.

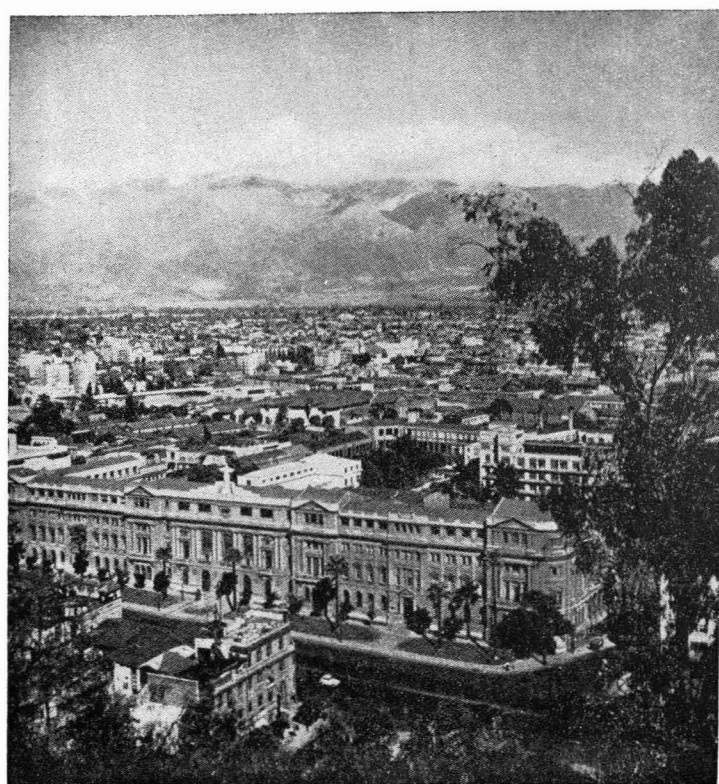
La urgencia de proceder a un conjunto de reformas y cambios deliberados con el propósito de lograr objetivos predefinidos, ha conducido a formular un instrumento racional de política de desarrollo: la planificación. La planificación no puede entonces ser concebida en nuestros países como una simple técnica de administración y organización, sino como el instrumento racional para promover el cambio social e imprimirle el rumbo más adecuado en vista de aquel tipo de sociedad superior a que aspiramos. Para que este instrumento se utilice con eficacia, y produzca resultados apropiados, precisa definir claramente los objetivos del desarrollo, seleccionar con cuidado los medios para satisfacer tales objetivos, determinar de modo diáfano las condiciones iniciales de las que se parte, concebir una organización institucional adecuada y preparar los recursos humanos aptos para llevar a buen término la tarea.

Podríamos resumir nuestra problemática actual caracterizándola en los términos siguientes:

- a) Nuestra sociedad ha cobrado conciencia de un *nuevo problema central que debe superar*;
- b) Se ha creado una *nueva imagen del tipo de sociedad a que aspiramos*;
- c) Tenemos una *nueva concepción de las posibilidades de acción* con que la sociedad puede influir deliberadamente sobre el curso de su propia historia;
- d) Existe un *nuevo instrumento para que la sociedad organice la acción del Estado*: la planificación;
- e) Esta acción de reorientación social requiere de *nuevos realizadores*.

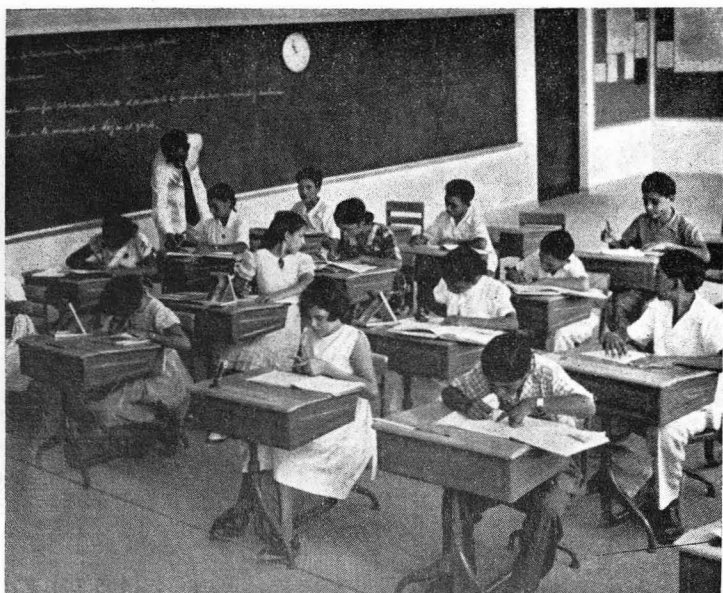
Esta novedosa problemática actual impone una serie de urgentes tareas que es indispensable enfrentar sin dilación.

Es preciso que conozcamos en toda su extensión y profundidad nuestra realidad presente y sus antecedentes históricos. Sólo sobre la base de un conocimiento de lo que somos, de lo que poseemos y de nuestro posible rendimiento, podríamos proyectar un viable camino futuro que no peque ni de visionario ni de pesimista. Ello implica una ponderación mucho más sistemática que la que hasta ahora se ha hecho, de nuestros



La Universidad de Concepción

* El texto presente constituye una versión algo abreviada de la clase inaugural del año académico de 1964, en la Escuela de Economía y Administración de la Universidad de Concepción. Los apuntes originales del autor fueron revisados y condensados por la redacción de esta Revista.



"no es sólo un establecimiento educativo"

recursos humanos y naturales, de la estructura y funcionamiento de nuestro sistema económico y social, de las tradiciones, valores y actitudes que definen nuestras formas de convivencia, y de la estructura institucional y organizativa que delimita nuestras posibilidades de acción.

Más allá de las ideas generales sobre las metas que persigue el desarrollo económico y social, cabe también una definición mucho más inequívoca de los objetivos concretos a que nuestra sociedad aspira en sus niveles culturales, en cuanto a sus formas de convivencia social y de organización política. No es ésta una faena simple ni fácil. Impone una auténtica introspección social que nos revele el proyecto de nación que llevamos en la conciencia.

Todo país es siempre un proyecto de nación —un país se está haciendo permanentemente. Lo grave en los países poco desarrollados es que ese proyecto no se ejecuta ni con el ritmo ni con la orientación necesarios. Alguien debe interpretar y cotejar los frutos con las aspiraciones de los diversos grupos sociales, las cuales en su conjunto aún confuso e incoherente, constituyen la imagen que deberá concretarse en lo futuro.

La construcción de esa sociedad estructural y funcionalmente diversa importa cambios relevantes en la estructura e instituciones actuales, y como las formas de realizarlos repercutirán decisivamente sobre los objetivos, es obvio que la definición de los mismos involucra necesariamente el examen de los medios conducentes a su obtención. Los fines no son independientes de los medios; por lo contrario, los segundos determinan en gran medida los primeros. Resulta, pues, inherente el estudio de una serie de alternativas por lo que toca a los instrumentos de acción, los mejores métodos de organización, el tipo de instituciones más pertinentes, y los distintos caminos políticos posibles.

Este ensayo de determinación de la acción social plantea no sólo problemas prácticos, sino incluso cuestiones teóricas y de conocimiento básico. El propio concepto de una acción social deliberada del Estado, y a fin de inducir la transformación social, es sumamente nuevo, se ha dado históricamente en forma espontánea. Las ciencias sociales no se encuentran preparadas ni para interpretar acertadamente los elementos motores del cambio social, ni, por consiguiente, para orientar la política de desarrollo y de transformación social. De esta situación escapa, y sólo en parte, la economía, pero escasas son todavía las orientaciones prácticas que pueden derivarse de la sociología, de las ciencias políticas y de las restantes disciplinas conexas.

No obstante la inmadurez científica que prevalece en semejante rama, nuestros países están abocados desde hace ya algunos años, por cierto en forma precaria y parcial, a un esfuerzo deliberado de planificación y desenvolvimiento. Para evitar que en ello prevalezca un pragmatismo extremo, y aun admitiendo la pobreza teórica de nuestras nociones relativas, fuerza es inculcar a las personas responsables de la acción los conocimientos más indispensables y las técnicas existentes.

No se trata sólo de la preparación de planificadores económicos generales, sectoriales o regionales. Propónese asimismo introducir los conceptos elementales de la planificación del desarrollo en las distintas agencias activas, particularmente en el Estado y sus agencias, y en la empresa. Se trata, además, de

aplicar esas técnicas a la formulación de los programas sociales, tanto en escala nacional como en la regional y local.

Dichos conceptos y técnicas deben trascender igualmente a la opinión pública, a fin de que ella pueda comprender y juzgar con fundamento la política de desarrollo. La formación de una opinión pública ilustrada, con posibilidad de juicio independiente, es una condición importantísima para elevar la racionalidad y la responsabilidad del juego político, que en definitiva será el determinante.

La enumeración que acabo de hacer de las nuevas tareas a que es preciso hacer frente en respuesta a la grave problemática de la hora actual, se resume, en fin de cuentas, en tres aspectos capitales: la investigación, la enseñanza y la creación de lo que podríamos llamar el espíritu público.

¿Qué organismo de la sociedad se halla en mejores condiciones que la universidad para llevar a cabo el trabajo? ¿Dónde acumular un mayor número de experiencias; un enfoque más variado desde el punto de vista de las diversas especialidades, hombres de ciencia y humanistas; una actitud más independiente, desapasionada, honesta, desinteresada y amplia; y una aproximación más científica, más racional y más inteligente a la problemática del momento? ¿Dónde, si no dentro del órgano social que tiene por misión inculcar el respeto a la verdad, sembrar coraje intelectual y moral para la búsqueda de la verdad y para su expresión indeclinable?

Estos son los requisitos esenciales para la investigación y la enseñanza —los pilares en que descansa la verdadera universidad, viva y actuante. Estas son las condiciones que una universidad requiere para cumplir su misión primaria; la de asumir el liderazgo intelectual de una nación, la de extraer de la sociedad, para revelarlos a ella misma, los objetivos y caminos que se le ofrecen, contribuyendo así, mediante la racionalización de su proceso político, a la función gubernamental.

Si en nuestro ambiente académico no se genera un pensamiento genuino, derivado de nuestras aspiraciones, realidades, tradiciones y formas de convivencia, pocas serán en verdad las posibilidades de que el desarrollo de nuestra sociedad se encauce por sendas auténticas y hacia metas válidas, con las que podamos identificarnos plenamente.

No se pretende, por supuesto, estimular el ostracismo intelectual, ni rechazar el aporte generoso que nos viene de otros países, de diversa experiencia histórica, de diferente organización institucional. Semejante posición reñiría con los valores en que se funda la actitud científica, los que son por naturaleza universales.

Pero a menos de apoyarnos en esos cimientos propios y en esa voluntad de encontrar soluciones y caminos auténticos, sólo se producirán copias desvaídas, falsas y frustradas de sistemas e instituciones ajenos.

No cabe considerar que las labores académicas y de investigación son un lujo que un país pobre no debería permitirse. Muy por el contrario, llevadas a cabo con afán creador, sentido de autocritica y total independencia intelectual, dichos empeños constituyen la base misma para la formulación explícita de una propia y racional política de desarrollo.

La universidad debe hacerse a la vez más amplia y más selectiva. Más amplia, para que su contingente llegue a ser una muestra ejemplar de la nación en toda su diversidad. Más selectiva, para reunir dentro de sí a los exponentes intelectuales mejor preparados de la nación. Debe elevarse por encima de las cuestiones circunstanciales, situándolas en su verdadera perspectiva histórica; debe ayudar a superar las controversias inoportunas, iluminando problemas reales y básicos; debe contrarrestar las informaciones caprichosas y tendenciosas diseminadas por los medios habituales de información mediante la divulgación de datos objetivos. No se excluye, por supuesto, el punto de vista filosófico y político propio de cada intelectual, pero habría de mantenerse el plano de la seriedad analítica, el método científico y la altura del diálogo. De esta manera será posible conquistar el respeto de la opinión pública, y lograr que esa propia opinión pública se nutra de fuentes más serias, menos parciales e interesadas, y más elevadas.

Abrigo la convicción de que el recurso fundamental de una nación para construir un futuro mejor radica en su propia población, y, particularmente, en sus generaciones más jóvenes.

Pienso que es posible elevar el grado de inteligencia con que esa población resolverá sus problemas. Creo que esa tarea corresponde al sistema educacional, y particularmente a su cúspide, que es la universidad. Creo finalmente que la tarea primordial y más urgente de la universidad es diseñar una estrategia para constituirse a sí misma, y a todo el sistema educacional, en la gran palanca del cambio social.